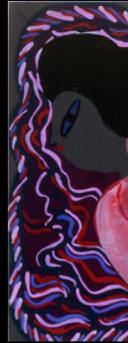


# BALADÍ



**Vol. 18**  
**Septiembre-octubre**  
**2023**

**F**  
**a**  
**n**  
**n**  
**z**  
**-**  
**n**  
**e**

Baladí es un fanzine periódico publicado por la Universidad para Mayores.

Este volumen, **número 18 de la cuarta época**, salió a la luz el día 27 de octubre de 2023, Día Mundial del Patrimonio Audiovisual y decimoséptimo aniversario del lanzamiento del álbum *Black to Black* de Amy Winehouse.

La portada es una composición con fragmentos de pinturas de Baya Mahieddine, así como los elementos decorativos de algunas páginas.

Consejo editorial:  
Sara Alfonso Moro  
Cristina González Fernández  
Marco Antonio Ramos Bermúdez  
Rafa Yáñez Jato

© de los textos e imágenes, sus respectivos autores.

**Contacto:**

[baladi.um@ucm.es](mailto:baladi.um@ucm.es)



UNIVERSIDAD  
**COMPLUTENSE**  
MADRID  
UNIVERSIDAD PARA MAYORES

## En este número:

**Pág. 5. Baya Mahieddine**

**Pág. 10. Apunta al pecho**

**Para mi amigo Vincent**

Cris González

**Volver**

Sergia Sánchez

**Pág. 16. 100 aniversario del nacimiento de Manuel Alvar y Lázaro Carreter**

**Pág. 20. Relatos**

**La Casa de Piedra**

Juan Manuel Guijarro

**La ruta del 35**

Isabel García Díaz

**Mercados al vacío**

José Antonio Alfonso

**Mi primera vez**

Juan Antonio Fernández

**Pág. 44. Un poema recitado por Lola Azcona**

Amor con faltas de ortografía

**Pág. 46. Personajes inolvidables**

**Valerie, en "El secreto de la librería de París" de Lily Graham**

Roberto Amilburu

**Pág. 52. Palabras curiosas**

*Zombi*

**Pág. 53. El río Eria, del monte Teleno al río Orbigo**

**Pág. 58. Reseñas**

Grupo Cosmos 21

**Pág. 60. El cassette**

**Makeba**

Mariano Dálnez

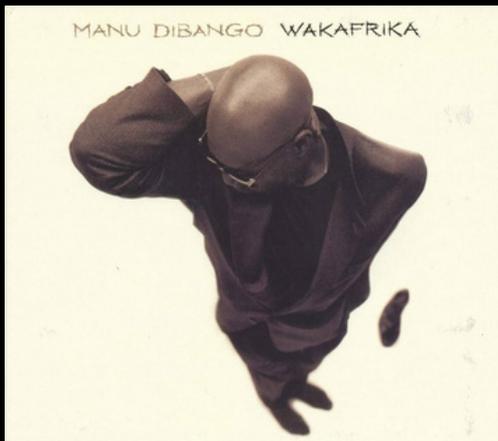
**Pág. 61. La kermés de Cándido**

**Desapetencias**

Cándido Dean

# WAKAFRIKA

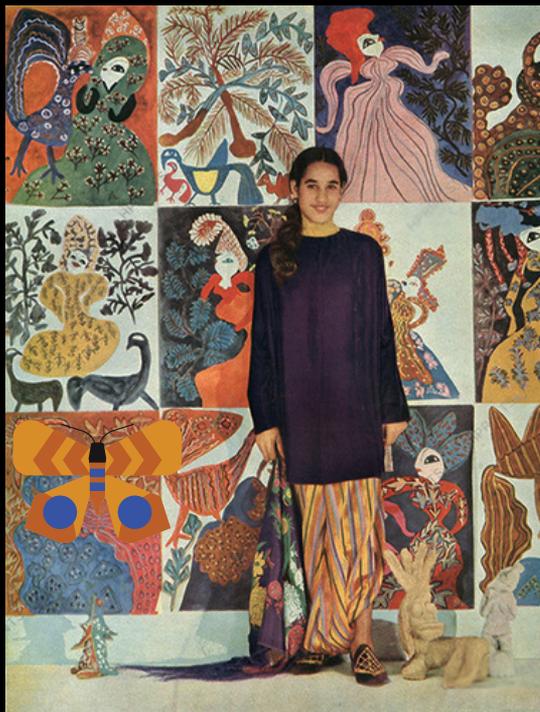
Pincha aquí para escuchar  
la canción de Manu Dibango



Fotografía de Afribuku



# Baya Mahieddine



Fotografía de Baya Mahieddine a los 16 años posando con su su obra en la Galerie Maeght, 1948. Photo: Arik Népo.

Baya Mahieddine (1931-1998) fue una pintora argelina que, con solo 16 años, expuso sus obras en una galería de París.

Este acontecimiento llamó la atención de algunos surrealistas y André Bretón decidió incluirla en la famosa exposición "Le Surréalisme" de 1947 coorganizada con Marcel Duchamp.

Baya fue conocida como "*la primera pintora naif musulmana*", que nunca estuvo vinculada a la academia, sino que renegaba de la misma.

En sus propias palabras: "En mi obra lo femenino es el centro del universo. En general comienzo pintando una mujer. Todo lo demás viene luego. La mujer es el centro, y el resto se reparte alrededor".

A lo largo de este número de Baladí, tenéis la oportunidad de asistir a una breve exposición de sus obras. Esperemos que la disfrutéis.



“.... hoy es el día más hermoso de nuestra vida, querido Sancho; los obstáculos más grandes, nuestras propias indecisiones; nuestro enemigo más fuerte, el miedo al poderoso y a nosotros mismos; la casa más fácil, equivocarnos; la más destructiva, la mentira y el egoísmo; la peor derrota, el desaliento; los defectos más peligrosos, la soberbia y el rencor; las sensaciones más gratas, la buena conciencia, el esfuerzo para ser mejores sin ser perfectos, y sobre todo, la disposición para el hacer el bien y combatir la injusticia donde quiera que estén....” *El Quijote*.



Pintura de Juan Carlos Polo Óleo y acrílico sobre lienzo



Fotografía de José Luis Amo



# KAMINHU LONJI

Pincha aquí para escuchar  
la canción de Elida Almeida



Fotografía de Spotify.

# APUNTA AL PECHO



# Para mi amigo Vincent

Poema del libro "Un infinito prestado"

Cris González

Nunca nos habéis visto.  
Vosotros, que no os habéis dejado sentir  
el peso de la existencia.

Esos que sois libres de remordimiento,  
pues nunca os habéis encontrado de frente  
con el valor de una vida.

Vosotros vivís sin miedo,  
si se le puede llamar vivir a vuestra evasión sin frutos,  
a vuestro caminar ligero sin escalofríos en la espalda.

Vosotros hacéis, de nosotros, entidades vacías a las que no  
merece la pena interrogar,  
pues solo traeríamos tempestad a la calma banal y soportable  
de la que habéis hecho vuestro mundo.

Nosotros somos los locos, los extraños, los inadaptados,  
solo porque nos hemos parado a admirar el color  
en el mismo lugar en que vosotros decidisteis  
llevar la mirada adentro.



A vosotros os asusta el desamor.  
A nosotros nos aterra la idea de no amar nunca.

El vacío que respiráis son los agujeros en los que yo temo  
caer.

Esa es la razón por la que, en el idéntico día, vosotros no os  
detenéis y yo siento que me desintegro en favor de la  
inmortalidad que añoro.



Fotografía de Sara Malvido Gil

La mentira es, para nosotros, un filo que rompe todo lo que hemos construido con lágrimas, rabia y suspiros de éxtasis. Para vosotros, ella es la misma atmósfera.

El amor es la consecuencia de vuestro egoísmo.  
El amor es nuestra enfermedad, nuestra cura  
y el fondo arenoso de nuestra inspiración.  
El causante de la disociación de nuestra alma.  
La razón de nuestros actos más puros.

Por todo esto, nunca deben juntarse uno de los vuestros con uno de los nuestros.  
Porque al tiempo que vosotros os quejáis de la oscuridad, nosotros estamos ocupados buscando las estrellas.



Fotografía de Sara Malvido Gil

# VOLVER

**Sergia Sánchez**

Como Ulises volver después del tiempo, después de silenciar la voz de las sirenas y espantar el miedo de las tormentas en el universo. Volver a la propia Ítaca, encontrar entre las ruinas del cine “El séptimo sello” rasgado en un cartel. En el café de siempre alguien abandona sobre la mesa “la isla del tesoro”, tapiz desorientado en aquel lugar. Sentado junto a la ventana en la noche escucha el silencio del cristal, no hay nada que contar cuando las palabras se convierten en estrellas.





Fotografía de Sara Malvido Gil

# 100 aniversario del nacimiento de Manuel Alvar...

# RT

En este número de Baladí tenemos la oportunidad de celebrar los 100 años del nacimiento de dos celebridades del mundo de las letras.



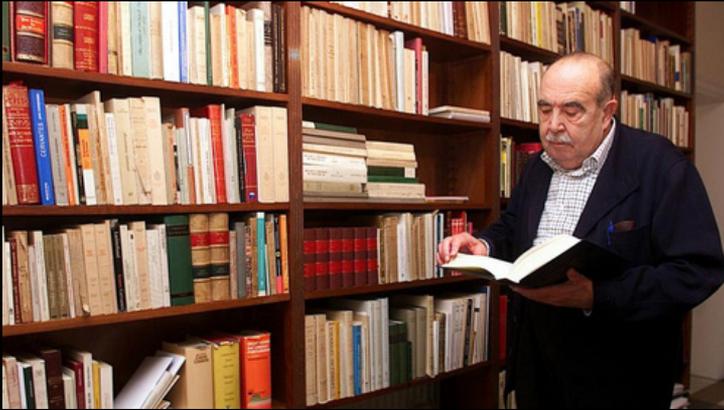
Fotografía de la Biblioteca Virtual  
Miguel de Cervantes

Manuel Alvar fue un filólogo, dialectólogo y miembro de la Real Academia Española con la letra T. También fue director de esta institución entre 1988 y 1991.

Como dialectólogo, Alvar dedicó su vida al estudio de diferentes dialectos como el riojano, el aragonés o el español de América.

Su obra está compuesta de unos 170 libros y 600 artículos científicos-

# ... y Lázaro Carreter



Fotografía de Heraldo de Aragón

Nuestra segunda efeméride está dedicada a Fernando Lázaro Carreter, profesor y filólogo, que ocupó la letra R de la Real Academia Española y también fue su director entre 1992 y 1998.

Carreter también estudió dialectos como el “aragonés vulgar” hablado en Magallón.

También investigó sobre las ideas lingüísticas de España durante el siglo XVIII, periodo desatendido hasta aquel momento.

En la década de los setenta, incorporó al ámbito español los estudios de gramática generativa, llevando a debate cuestiones sobre el artículo y la voz pasiva.



Fotografía de José Luis Amo

# LIAMBA

Pincha aquí para escuchar  
la canción de DJ Loló



Fotografía de Spotify\_

# RELATOS



# La Casa de Piedra

José Manuel Guijarro Esteban

¡Por el camino de San Martín, tras una curva, apareció a la altura de mis ojos el pequeño puente que da acceso al pueblo y, por encima, el tejado rojizo y el hueco del pajar en la parte alta de la casa de piedra. Aceleré el paso hasta que la pude ver entera. Contemplé cada piedra, los hierbajos a la entrada, el zócalo, la puerta abierta... Se destacaba sobre un conjunto de quince ó veinte casas más pequeñas y al fondo de la calle diagonal, la espadaña, casi derruida.

Un hombre, con boina verde de visera, estaba sentado a horcajadas sobre el pretil del puente, de frente al caserío. Miraba el cauce del río sin reparar en mí. Yo me senté al otro lado y dejé la mochila a mis pies.

-Muy buenas.

-Buenas -dijo, y sonrió.

-¿Hay muchos peces? -dije mientras sacaba mi cantimplora.

-Estoy mirando si regresa el salmón. Este año parece que se retrasa -dijo.

Observé el cauce del río con troncos atravesados, que retenían la corriente y el agua saltaba sobre ellos formando pequeñas cascadas.

-Los salmones tienen su instinto y salvan los obstáculos para volver a sus nidos -dijo, quizás al ver cómo yo miraba el río.

-Ya -dijo, sin entenderlo del todo.

-Vengo aquí a ver si llegan, luego voy a dar de comer a los animales -dijo.

-¿Todos los días? -dijo.

-Sí -dijo- ya ve, es lo que tienen los animales, hay que atenderlos.

No tenía pinta de pastor; miré su rostro rugoso y sus gafas de montura de acero y dije:

-¿Qué animales tiene?

-De varios tipos -dijo asintiendo con la cabeza.

Mientras me hablaba, yo contemplaba el aspecto de panza de burro del puente, la calzada mal empedrada y la casa de piedra que estaba frente al puente; me preguntaba cuánto tardaría en ver pasar a alguien más. El hombre seguía allí sentado. Esperaba ver a los salmones volver río arriba para el desove.



Pintura de Baya Mahieddine

-En total tengo cuatro clases de animales: una cabra, tres gallinas y un gallo, una pareja de conejos y dos de palomos – dijo.

El hombre me miró cómo vigilaba el otro extremo del puente, por donde llegaba sigiloso un perro que, a los requerimientos del hombre, se volvió hacia el pueblo.

-Es Lalín. Aquí apenas somos tres perros, cuatro gatos, otros diez viejos y yo. Ellos también tienen sus animales.

-¿Y no tiene familia? -pregunté.

-Ya no -dijo. Observé que bajó la vista y permaneció un momento en silencio; después me miró y añadió - sólo los animales que le he dicho; viven conmigo.

El hombre subió el pie izquierdo de la parte del pretil que daba al rio; me dijo que ya era la hora y se despidió: “que a usted le vaya bien” dijo y empezó a andar hacia el pueblo. Yo solo levanté la mano y nada más dije, saqué mi cámara e hice una foto de la casa de piedra, en la que en ese momento el hombre entraba con naturalidad. Había salvado los dos escalones de la entrada apoyando una mano en el marco de la puerta y se perdió en la oscuridad del interior que al poco una luz tenue, como de bombilla, aclaró. Y a mi me pareció que se metía en el interior de un lienzo antiguo, cubierto de herrumbres, que proyectaba en mi mirada las sombras de un tiempo que ya apenas existe en mi memoria.



Fotografía de Paloma Sigüenza Pizarro

# La ruta del 35

Isabel García Díaz



Frente al espejo del baño, Fidel se pasa la cuchilla por la cara apurando la barba. Luego se aclara con agua fresca, se embadurna con loción para después del afeitado y se mira fijamente.

Ya sabes, Fidel, tienes que ser amable con los pasajeros. ¿Qué culpa tienen ellos de tus frustraciones? ¿Qué pensarían de ti Flor y el niño?

Antes de salir del baño echa un vistazo al suelo. Unas pequeñas gotas destacan sobre las impolutas baldosas que, como todas las noches, fregó con lejía antes de acostarse. Llena el cubo con agua y repasa el piso con la fregona hasta hacerlas desaparecer. Cuando ocurrió el accidente, Leo empezaba a gatear, y Flor siempre estaba pendiente de que los suelos no fuesen un foco de gérmenes para el pequeño.

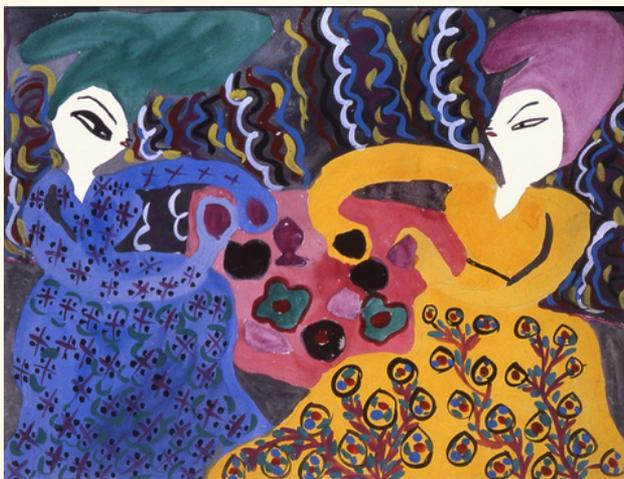
¡Fidel! ¡Te estás obsesionando! Lo que pasó, pasó y nada puede remediarlo. Ellos no van a volver. Canaliza tu energía de otro modo, chaval. Y por cierto... ¡A qué viene esa manía con la limpieza! Ahora irás a fastidiarla en el trabajo. Pues piénsalo bien porque te estás jugando el empleo.

En la cocina, mordisquea una galleta y saca del microondas la taza con el café. Su mirada choca con las cajas de medicamentos, que, desde hace días, esperan sobre la encimera sin que hayan cambiado un ápice de posición. Pero Fidel, también hoy, decide ignorarlas.

¿Qué trabajo te cuesta, Fidel? Estás acumulando reclamaciones y quejas y las excusas se agotan. Terminarás perdiendo el puesto. ¡Vale ya, chico! Más te vale que tomes esas pastillas de una puñetera vez.

Después de enjabonar la taza y enjuagarla, más veces de las necesarias, bajo el chorro del grifo del fregadero, vuelve a su habitación y se viste. Mientras ajusta la corbata oscura al cuello sobre la camisa azul celeste del uniforme de conductor de autobús, da vueltas buscando su cartera. La encuentra en el salón, sobre la mesa de centro, junto a la foto de Flor y el pequeño Leo, cuyo marco plateado pule cada día hasta que consigue ver en él reflejada su cara. Mete la cartera en el bolsillo del pantalón y con el marco en la mano se sienta en el sofá dejándose caer a plomo.

Lo sé, ya sé que el dolor es insoportable, pero en las vidas de los otros también ocurren desgracias. Además, la gente no se comporta mal contigo. Recapacita, chaval. Si no quieres que te



Pintura de Baya Mahieddine

machaquen, no lo hagas tú con los demás.

Es domingo y, tras cuatro días sin salir, se enfrenta al turno de mañana haciendo la ruta del 35. Algo aturdido, pero en la confianza de que el café le despeje la cabeza, devuelve el marco a su lugar y sale de casa mientras la voz parece martillarle las sienes.

Ni se te ocurra volver a las andadas, ¿Me oyes? Ni se te ocurra. Es fácil, lo sabes. Solo tienes que cumplir con tu deber. Y, sobre todo, la medicación, Fidel, no lo olvides. No deberías de haber salido de casa sin tomarla.

Hace siempre el turno de los festivos. Total, a él, los fines de semana se le hacen insoportables. Mejor los trabaja. Le pagan bien, y sus compañeros, encantados de poder disfrutar de los suyos en días de fiesta, siempre están dispuestos a cambiarle el ciclo. Desde el accidente, odia los domingos, la felicidad, el buen tiempo, el día, la noche y hasta las risas de los viajeros.

Sin conocerlos, imagina los planes de los que suben y bajan del autobús, y la furia le rebasa. Cuando eso ocurre, lo único que le motiva es fastidiarles.

¿Pero qué consigues? ¿Te aporta algo hacer que los demás se sientan mal? Tienes que superarlo. No tuviste la culpa, fue un accidente. Te salvaste y debes seguir adelante. Hoy es un buen día para empezar. ¡No lo hagas, Fidel! Compórtate, por favor.

Al llegar a la terminal de autobuses, le dan instrucciones. Debe ir atento a los avisos que pueda recibir de la central. Hoy hay un maratón en la ciudad y el itinerario del 35 sufrirá modificaciones. Tiene que ajustar debidamente el luminoso y avisar a los viajeros de las incidencias que surjan. ¡Que gozada! Se van a enterar esos cabrones, sobre todo los que no le dan los buenos días al entrar. Y también los otros, los que saludan. ¡Vaya memos! Buenos días, buenos días... Está claro, lo sabe: Se mofan de él. Buenos días... ¡Ja! ¿Desde cuándo no tiene él un buen día? Serán desgraciados. Pero... Ahí está otra vez... ¡Se callará en algún momento esa maldita voz!

Escucha, Fidel, contente por favor. ¿No ves que no ganas nada, colega? Solo alimentas tu frustración.

¡Vale, vale! Ya veo que no piensas hacerme caso. Desisto. Allá tú con lo que haces.

Algunos pasajeros montan en la cabecera de la línea y pronto se aproximan a la primera parada. La ve esperando.



Ahí está, la de todos los domingos, la de la maleta. Fidel, aprieta la mandíbula hasta casi hacer que le rechinen los dientes y sobrepasa la parada, donde una mujer, menuda y de mediana edad, levanta su mano con semblante apurado al ver como el autobús pasa de largo. Frena pocos metros más adelante, justo al llegar al semáforo. La señora, tirando de su maleta, corre dando pequeños saltos hasta alcanzar el vehículo. Sin mirarla, Fidel acciona el mecanismo que abre la puerta.

Buenos días, pensaba que no iba a parar, dice la mujer llevándose la mano al pecho. Fidel no contesta, y arranca bruscamente el autobús haciéndola perder el equilibrio hasta caer al suelo junto con la maleta. ¿Qué hace, hombre?, espeta un joven que acude a ayudar a la señora, mientras de un tirón se retira de los oídos los cascos del móvil. Por el retrovisor, Fidel, camuflado en sus gafas oscuras, mira y calla, y una malévola sonrisa se dibuja en su rostro.



Pintura de Baya Mahieddine

El aviso de la central ilumina la pantalla del visor del sistema electrónico del autobús. “Cambio de itinerario, avise a los pasajeros antes de la próxima parada, después siga el trayecto trazado en pantalla hasta nuevo aviso.” Pero él nada advierte a los viajeros, y, por última vez, para dentro de la ruta habitual. Se va a enterar la de la maleta, hoy pierde el tren ¡Qué se fastidie! Un anciano, buscando apoyo en su bastón, intenta bajar del autobús, pero Fidel no hace nada por accionar el mecanismo para rebajar en lo posible el piso del vehículo. ¿Puede hacer descender el piso para que este señor pueda bajar más seguro? Increpa una mujer que sujeta un carrito con un bebé dormido. Con el entrecejo fruncido, Fidel no escucha, no atiende, y apenas el anciano ha puesto los pies en la calzada, arranca bruscamente y aumenta la velocidad.

¡Oiga, oiga! ¿Se puede saber adónde va? ¿Dónde nos lleva? Se está saltando el itinerario, protestan los viajeros. Fidel estira la cabeza, sonrío, se crece, se envalentona. Tengo que desviarme, hay un maratón, termina por contestar con tono malhumorado. Pero oiga, no nos ha avisado. Tendría que haberlo dicho, se escucha a la señora de la maleta. Si mirasen el luminoso... Pero como no están atentos... ¡Van todos pasmados! vocifera altivo. ¿El luminoso? Yo me he fijado en él y no he visto nada del desvío, protesta una anciana de pelo blanco. Pare aquí mismo, haga el favor, ¡No pienso parar hasta nueva orden! Pero ¿Qué dice? ¡Habrase visto! Baje la velocidad, por favor. ¿Pero que hace este demente?

Los gritos y las quejas van subiendo de tono. Fidel disfruta. Aumenta la marcha y los viajeros le increpan. Un calor repentino, que nace en el estómago, le sube por el pecho e

incendia su cara y su cabeza que siente a punto de estallar. Tiene el poder. No piensa parar. Todos esos imbéciles verán sus planes truncados. El bebé despierta. Llora y su madre lo acuna. El berrinche le incomoda. Mira por el retrovisor y se fija en la mujer. Le recuerda a Flor. La melena oscura, el cuerpo espigado. No puede verle la cara, le da la espalda ¿Y si fuera ella? Le gustaría que esa mujer fuera Flor y que ese llanto fuera de su pequeño. Sí, ¿Por qué no? Ojalá el accidente tan solo fuera un mal sueño y ella y el niño estuvieran allí. Pero no, no puede ser. La ve agacharse. Parece que coge algo del suelo y se lo devuelve al niño. No, es imposible, ella nunca lo haría. Dárselo así, después de haber tenido contacto con ese asqueroso suelo pisoteado por toda esa gentuza. El autobús vira a la izquierda, después a la derecha. La anciana chilla enfadada, el joven del móvil le llama loco, la señora de la maleta insiste nerviosa en que pierde su tren. Todos atónitos. Todos como Fidel, impotentes y aterrados. Se dirige al puente, la velocidad va en aumento. Los vehículos que circulan por la vía tocan el claxon, se apartan ¡Este loco nos mata! Chico, llama por el móvil a la policía. Ya estoy llamando, señora, y el bebé no para de llorar y Fidel no puede soportarlo.

Los oídos le retumban, las orejas le arden, la mandíbula se le tensa, y el sudor de los pies parece impedirle dominar el acelerador.

No me has hecho caso. Te lo advertí. Ahora ya es tarde. No hay vuelta atrás.

Su gesto cambia, la voz también.



Debes hacerlo ¡Hazlo, Fidel! Castiga a estos cabrones, hazles padecer. Sé lo que estás pensando. ¿No es eso lo que quieres? Acaba con esto y descansa de una vez.

No oye más. No ve, tampoco siente. Solo llega a girar a la derecha el volante del autobús que se dirige hacia la barandilla metálica del puente. Se tensa, cierra los ojos, suelta las manos, y como un ávido corredor que llega a la línea de meta, alza sus brazos dejando que el vehículo caiga al vacío. Las oscuras aguas del rio hacen hueco, engullen al autobús, lo acogen para sí y lo abrazan haciéndolo suyo hasta desaparecer. Mientras, algunos corredores del maratón se dejan ver al otro lado del puente.



Baya Mahieddine, 'Femmes et orangers fond blanc' 1947

# Mercados al vacío

José A. Alfonso



En el supermercado he encontrado un plátano pelado y envasado al vacío. Su precio: 75 céntimos de euro y sus características impresas en tinta verde. Son tantas que alguien decidió usar un tamaño de letra que sugiere ceguera, gafas o lupa. Y es que en ocasiones el exceso de información es la manera más eficaz de ocultar, aunque seguramente no se pretenda. El plátano, solo uno, descriptivo de un modelo social, parece carnosos, de textura firme, sólido, indestructible, pero tal vez solo es una sensación provocada por el plástico. Demasiada asepsia para estar vivo.

Mientras miro la estantería del supermercado, de unos tres metros de largo, metálica y ausente de miasmas; con los plátanos encapsulados, en orden, cercanos, pero sin tocarse, hermanos distantes víctimas de una riña, quiero saber las razones de semejante intento de profilaxis y, ante todo, identificar la mente que imaginó esa imperiosa necesidad de protección, ese discurrir de supervivencia espacial a ras de suelo (servidumbres de que el hombre pisara la Luna o un mecano olisquee Marte en busca de agua).



Pintura de Baya Mahieddine

Ni lo uno, ni lo otro. He consultado el oráculo y he concluido que mi curiosidad sobre un plátano pelado y envasado al vacío no merece mi esfuerzo. Ni estudio. En todo caso esa labor es de otros. He encontrado un par de tesis doctorales sobre el asunto, variadas apreciaciones antropológicas de modelos sociales y decenas de explicaciones comerciales sobre la conveniencia de emplasticar en favor del desarrollo de determinadas comunidades deprimidas\* (\*comunidades deprimidas así consignan los aspirantes a doctor a los pobres sin supermercado). Porque el plátano verde, emancipado antes de tiempo, separado de su piel, es un motor económico. ¿Qué pensará el plátano de semejante contingencia? (Pregunta retórica impropia del rigor analítico socio/económico que, anclada en la lista de recursos poéticos [Tropos y figuras. Lección 3], se escapa del encierro bibliográfico para aportar un ápice de luz solar, no halógena).

Permanezco un instante encarado a la estantería. Me pregunto si mi inmovilidad es fruto de una mirada sorprendida o del deseo inconfeso de comprar un plátano preservado de sí mismo. De olerlo, si es que huele. De saborearlo, si es que sabe. De mancharme la mano, si es que mancha. De alimentarme, si es que alimenta. El gasto es superfluo, 75 céntimos de euro, menor que el de un preservativo de una caja de doce, calculo sin saber el porqué de una asociación poco más que fonética. Si compro el plátano envasado me lo comeré o lo tiraré a la basura. Puedo decidir. Adquirir la caja de condones no es garantía de nada, ni siquiera de proponer su uso. Pienso en la conveniencia de que en un futuro, plátanos y condones compartan estante. O de que, al menos, estén cerca. Si las mercancías se ordenasen alfabéticamente, ambos ocuparían un lugar insigne en el espacio reservado a la "A" de asepsia. Es un criterio legítimo. O no.

Pongo las manos sobre la barra del carro de la compra y empujo. Doy la espalda a los plátanos pelados y envasados al vacío, y deshago el camino devolviendo meticulosamente a su lugar cada uno de los productos que había escogido en el supermercado. Echo de menos una goma de borrar para hacer desaparecer las tachaduras de la lista de la compra. Es imposible empezar de nuevo si algún rastro queda enquistado en el papel.

¿Qué me ocurre? ¿Un ataque de dignidad, de compromiso ambiental, de responsabilidad social, de sensatez ante la locura?

No.



Ninguna de esas razones me mostró el pasillo de salida. Fue un profundo sentimiento de nostalgia, de recuerdo del mercado al que acompañaba a mi madre, cogido de su mano, a hacer la compra cada viernes por la tarde.

La propuesta de profilaxis simbolizada en plátanos pelados y envasados al vacío era la ladrona que intentó robarme la calidez de su mano, la presión de sus dedos para evitar que me cayera por unas escaleras que recuerdo empinadas o que me perdiera entre tantas madres que porfiaban un racimo de plátanos maduros.

Aquel mercado era una ciudad dividida en barrios. Fruteros, carniceros, pescaderos y polleros, escoltados por tres tiendas: droguería, encurtidos y casquería. Convivían como en el plato la verdura puede acompañar a la carne. Afines, pero sin mezclarse. Cada manzana, cada calle, tenía su propio lenguaje, que no son lo mismo una vaca y un atún que, aun coincidiendo en el morrillo, el vientre de la primera se llama falda y el del segundo ventresca.



La morfología animal era una de las enseñanzas regaladas en carteles patrocinados, cartulinas satinadas que añejaban año a año porque la vaca siempre será vaca y el atún, atún, y es innecesario el cambio de impresión para modificar el lugar que ocupa la falda o la ventresca, o trazar las líneas fronterizas de carnes hermanas. Decoración, casi ambientación, confusa entre lo vetusto y la mugre, sin duda, pero virtuosa porque aportaba la estabilidad de las cosas que están donde deben de estar. Educación no reglada y eficiente. Décadas después, los nombres permanecen anclados a la memoria. También su geografía. Ausentes de leyes educativas. Fieles a verdades inmutables como que la vaca tiene cuatro patas y el atún dos aletas dorsales (salvo accidente).

Recuerdo que aquella sociedad secreta se ocupaba del alimento armada con un cucurucho de papel de estraza, un mandil de cuerpo entero o solo de cintura y un saludo (buenos días, buenas tardes) personalizado en señora Carmen o el nombre que correspondiera. Había tiempo para comentar otras cosas, que la compra era asunto aprendido de tendero y de clienta. También mío tras años de acompañamiento.

—Y el niño ha suspendido otra vez las matemáticas, la tercera evaluación de matemáticas (en aquellos tiempos las notas llegaban cinco veces a la firma parental, que es lo mismo que decir a la firma del Padre). No sé qué vamos a hacer — comentaba mi madre en la casquería sin soltar la mano suspensa.

—No se preocupe mujer. Ya verá cómo recupera. Será falta de hierro. ¿Ha probado los filetes de hígado? —aventuraba el casquero tranquilizador y atento a vender el género—. Tengo

una sobrina que da clases particulares. ¿Le pregunto?

—Ya le diré.

El suspendido, o sea yo, quería defender los pormenores que tal vez exculpaban su ignorancia. Pero no me daba tiempo ni a abrir la boca. Antes de verbalizar la primera sílaba descubría con horror la cena de aquella noche.

—Póngame un kilo de hígado de ternera. Quizá ayude.

No sé si me hizo bien. Pensado en la distancia, tampoco fue traumático. Aprobé las matemáticas.

He vuelto al pequeño mercado de mi madre para olvidarme de los gigantes que me ofrecen el mundo envuelto en plástico de colores brillantes, pero no saben mi nombre. Aún existen las dos entradas, idénticas. Seis puertas batientes que, eso sí, han cambiado por polímeros, maldita asepsia, el hierro quejumbroso y el cristal rayado.



Pintura de Baya Mahieddine

No me gusta lo que he visto. Ya no hay hojas de puerro por el suelo. Tallos rudos y verdes desechados después de visitar la báscula y ser immortalizados en las tablas de la ley, en una libreta de hojas pequeñas y arrugadas en la que el verdulero hacía la cuenta escribiendo con un lápiz al que nunca le vi sacar punta. Cierro los ojos y huelo sin distinguir. Ni carne, ni pescado, ni embutido, ni el vinagre de los pepinillos. Han barrido los olores. Puedes caminar sin temor de que el agua de la pescadería desborde el canal que embalsaba el hielo fundido de la pescadilla. Cómo odiaba que aquella humedad empapara mis zapatillas nuevas: blancas, significadas por la marca de moda y el empeño de hacer gastar un dinero del que no se disponía. Hoy es factible caminar en sandalias sin riesgo de infección.

En la oscuridad sobreviven un par de puestos. Uno vende verduras, el otro pescado. Están al fondo de la galería principal. El mercado ya sólo abre de norte a sur. No tiene bocacalles ni esquinas. Ya no es ciudad. Ausentes las redes construidas en la esperanza del tiempo, la conversación, la mirada. Los barrios se sostenían desafiando la caída de cualquier vecino.

El camino hasta la coliflor y el gallo está colapsado de estímulos. Estudiados. El mostrador metálico de los encurtidos ha desaparecido. No existe el equilibrismo de decenas de recipientes de plástico sobre una superficie inclinada cuarenta y cinco grados en la que el agua de las aceitunas y los altramuces simulaba las mareas. En su lugar se eleva vertical, noventa grados exactos (ángulo recto perfecto), una cristalera transparente. Tan limpia que te reta a traspasarla como si fuera etérea, sin abrir la puerta que

anuncia el paraíso de una vinoteca. He sentido la tentación de entrar, pero no lo he hecho abrumado por denominaciones de origen, cosechas nocturnas y diurnas o extracciones de primera lágrima. He temido no saber elegir. ¡Sólo quería recordar bebiendo una copa de vino!

El puesto de verduras y la pescadería parecen cicatrices de una herida o, tal vez, las arrugas del tiempo. Merecerían una placa conmemorativa descubierta en una ceremonia con confeti. No sucederá. Ningún alcalde querrá homenajear a un moribundo sin público. A quien asistiría al festejo le duele la cadera al andar. O ni está, ni es.

*Hojas lacias y ojos tristes,  
incoloras y apagados,  
inertes y vencidos  
flores marchitas y miradas de cristal.*



Busco un signo pretérito, aunque sea en modo de descendencia. Un hijo que se atrevió, o no tuvo más remedio que continuar la saga. No existe. Ninguno de los rasgos de los dos tenderos que permanecen detrás de los mostradores asaltan mi recuerdo. Quizá es porque miro de soslayo. Temo que me pregunten, ¿qué desea? Y no saber contestar, y que la lengua se trabe entre alcachofas y merluzas, y mi aliento se ahogue, y las buenas tardes se silencien.

He prometido volver, aunque sé que incumpliré mi promesa. No he comprado nada, pero me voy contento. He recordado lo que nadie me puede vender. Y me he jurado, eso sí lo cumpliré, que nunca compraré un plátano pelado y envasado al vacío.

# La primera vez...

**Juan Antonio Fernández Gutiérrez**



La primera vez que fui consciente de sentir algo diferente y nuevo yo tenía catorce años, y la causante de esa circunstancia también.

Se llamaba Marilyn, de pelo moreno y nueva compañera de clase.

Desde el primer momento me sentí atraído por ella, pero mi timidez me impedía mantener una conversación que facilitara un acercamiento. Por eso, aprovechando que vivía cerca de mi barrio, y que iba andando con otros compañeros hacia casa al salir de clase, me uní a ellos, intentando que la dinámica del grupo me permitiera derribar el obstáculo que yo mismo edificaba.

Maldecía cuando tenía que desviarme del camino y ellos continuaban más adelante.

Deseaba que llegara el lunes para verla, yendo en contra del sentir general de mis compañeros, que no les gustaba ese día en el que volvíamos a las responsabilidades escolares.



Pintura de Baya Mahieddine

Pasó algún tiempo y después de “construir castillos en el aire” como dice Alberto Cortez en su canción, decidí que le manifestaría lo que sentía por ella.

El día elegido, esperé ansioso a que acabara la clase, y de camino a casa le diría lo que tenía pensado.

Pero al salir a la calle, vi apesadumbrado que se cogía de la mano de un compañero, dándose muestras de cariño mientras tomaban una dirección distinta a la que hacíamos diariamente.

El camino de ese día fue duro, pensando por qué había tardado tanto en decidirme, ya que si lo hubiera hecho antes quizá mi suerte podría haber sido otra.

Los lunes que eran tan esperados, se convirtieron en anodinos, y esa ruta de regreso a casa que antes se me hacía corta, después de ese acontecimiento me parecía larga y solitaria a pesar de ir acompañado.

Marilyn ya no vino más con nosotros, y eso hizo que no se ahondara mi herida y que mis sentimientos siguieran en el anonimato.

El curso siguiente no apareció, y alguien me dijo que se había cambiado de barrio y de colegio.

Durante unos meses, las mariposas revolotearon en mi estómago, y sin saberlo, ella propició mi primera ilusión y posterior decepción, que se consumó por incomparecencia, porque otro, siendo más osado que yo se me adelantó.

Años después descubrí otra Marilyn, en este caso rubia, que había deslumbrado al mundo.

Se podría decir que dos Marilyn me impresionaron vitalmente, una morena de carne y hueso cuando era adolescente, y otra rubia de cine, años más tarde.





# Amor con faltas de ortografía

Un poema recitado por Lola Azcona

[Escúchalo aquí](#)

# TALK TO ME NICE

**Pincha aquí para escuchar  
la canción de Frida Amani**



Fotografía de El País

# PERSONAJES INOLVIDABLES

**Valerie, en “El secreto de la librería de París” de Lily Graham**

**Roberto Amilburu**



¡Vaya verano! Llevo oyendo sobre al cambio climático desde los 70. Bueno, pues ya está aquí. Para qué describir el estío ya casi finalizado; todos lo hemos sufrido; hasta el gato. El pobre animalito, el gran gato negro, ha soportado las sofocantes penurias con un humor de perros, aunque resulte impropia esta expresión en este caso. Me mira con enfado, incluso con odio, como si yo fuera el culpable. Quizás no esté descaminado ya que para él yo represento a los contaminantes y destructores humanos. Y me ha arañado para descargar su frustración. Una vez llegadas las bienvenidas pero excesivas lluvias nos centramos en el libro que he elegido. Y me mira como diciéndome que el verdadero protagonista de esta novela es el gato negro que emerge en el capítulo 6 y que irá apareciendo a lo largo de la obra. Descripción que hace la autora con la que el gran gato negro no está de acuerdo: “bicho sarnoso, hecho solo de piel y huesos”. ¡Estos humanos!





Pintura de Baya Mahieddine

Interesante novela que no sé si calificarla entre el género de misterio. Pero quizás también de acción, de memoria y también de amor. Es difícil una descripción que, a la vez que despierte las ganas de leer el relato, no descubra más de lo imprescindible su trama. Como toda buena novela que se precie tiene, como he dicho, la presencia de un gato, que va apareciendo en algunas partes de la misma y que es compañero de venturas y de desgracias.

La protagonista, Valerie, es una mujer ya anciana que, viajando, rememora su historia ante una joven que, en contra de lo que suele suceder en los jóvenes, está interesada en el relato. Y va desgranando su aventura vital en el maravilloso París y en dos épocas correlacionadas: el París infamemente ocupado y sometido por las tropas alemanas en la IIGM y el París de los años 60, una vez que, en general, ya no se recuerdan los hechos de todo aquello. Solo los que lo vivieron y lo sufrieron, los que perdieron bienes y seres queridos, los que tuvieron que esconderse o los que fueron encarcelados, recuerdan aún la vorágine de aquellos infaustos años.

Por lo dicho, se desarrolla la acción en tres momentos: los años 40 del siglo pasado, los años 60 del mismo siglo y la actualidad.

La librería de París también es la protagonista de esta novela, es el centro neurálgico desde el que se desarrolla la trama. Y también los libros, protagonistas involuntarios del drama que se desarrolla alrededor. Esta lectura se acompaña del aroma a papel antiguo, a tinta, a encuadernaciones en piel, a polvo y a madera, a tabaco, a té y a pasteles de los de antes, pasteles sin el complejo de culpa que ahora mismo los acompaña. ¡Benditos los tiempos en los que nos podíamos comer un pastel sin culpabilización ninguna! Y nos hace recorrer las calles del París antiguo, del París de los años 60, ambos ya desaparecidos pero que podemos todavía rememorar proustianamente si nuestra mente es proclive a buscar el tiempo perdido, el nuestro y el de los demás.



Pintura de Baya Mahieddine

Misterio, acción, intriga y también esperanza. Esperanza al descubrir incluso entre los invasores, a personas que conservan su dignidad y su honradez, en suma, su humanidad, frente a otros despiadados, insensibles y deshumanizados, fanáticos, en suma. También entre los conquistados se puede encontrar desprecio, fanatismo y prejuicios infundados, odio sin control, en suma. Buen equilibrio humano hace esta novela para demostrar que no se puede encasillar a las personas solo por su apariencia o por las funciones que están obligados a desempeñar. La maldad y la crueldad no es solamente patrimonio de unos; se puede hallar en cualquier contexto y se ceba, como siempre, en los más débiles, en los que no se pueden defender y cuando no se pueden defender. Como dice la novela, la presunta integridad es lo único que les queda y la usan como arma arrojada contra los que pueden.

También navegan a lo largo de todo el relato dos dulces y tiernas historias de amor. El amor siempre presente incluso en las circunstancias más desafortunadas y complejas. El de verdad, el que no controlamos, del que no somos capaces de abstraernos ni siquiera inmersos en la desgracia y en el drama. Las dos historias completan con maestría el desarrollo de la trama y son imprescindibles para entenderla y apreciarla.

Una obra literaria concreta también es la protagonista de esta novela. Es como el hilo conductor de la historia a lo largo de toda ella. Un viejo ejemplar que viaja acompañando siempre a la protagonista y que es el símbolo de la memoria, de los seres queridos y del tiempo transcurrido. Un libro leído

y manoseado, un libro que también merece la pena leer. Entre los mejores bienes que conservamos, entre los pocos que merece la pena conservar a lo largo de la vida, siempre está alguno o varios libros, leídos y manoseados que acompañan el devenir de cada cual en nuestra azarosa existencia y que, cuando los encontramos en una estantería y los palpamos, una riada de recuerdos nos asalta; el tiempo se detiene y retrocede, los lugares ya inexistentes se nos hacen vívidos y la memoria.

Varias sorpresas nos da la lectura de este libro. Y, al final, la autora también nos reserva una última sorpresa para completar el regusto agradable que nos puede dar esta lectura.

En mi opinión, es una delicia de libro.

Esta vez le ha gustado lo que he escrito. Su mirada está ya descansada de los rigores veraniegos, pero, como siempre, insondable y misteriosa. Me mira apreciativamente, siempre con su altivez felina ya que le ha gustado el protagonismo dado a su especie y el simbolismo que la presencia del gato negro significa para la novela. El gran gato negro se despereza y maúlla con un surtido variado de tonos para solicitarme su premio en forma de una estupenda loncha de jamón york. Irritantemente nervioso hasta que se la doy, la devora con fruición, pero siempre vigilante a su alrededor. Por fin, el gran gato negro está satisfecho. El gran gato negro, el de fuera y... el de dentro.

Majadahonda, 8 de Septiembre de 2023



Fotografía de Sara Malvido Gil

# PALABRAS CURIOSAS

## Zombie

¿Sabíais que la palabra *zombie* tiene origen africano? Se piensa que viene de *nzambi*, concepto procedente del Congo y que hace referencia al alma, o de *zonbi*, que sería un muerto que camina en las lenguas bantúes. Hay quien piensa que podría venir de *zumbi*, que significa “fetiche”.

Sin embargo, lo curioso es que, aun teniendo un origen africano, la primera vez que se utilizó fue en Haití.

Esto se debe a que en Haití confluyeron dos realidades: un enorme número de esclavos procedentes de África y la práctica del vudú. Se piensa que los maestros del vudú haitiano tenían el poder de resucitar a los esclavos fallecidos. Es necesario destacar que no lo hacían por bondad, sino para someterlos a su voluntad, despojándolos de su alma.



# El río Eria, del monte Teleno al río Orbigo

**Mercedes Jiménez Cámara**



Vamos a hacer un recorrido por el cauce y los pueblos que riega en río Eria. Nace a los pies del Monte Teleno en la Comarca de la Cabrera en León y discurre por tierras leonesas y zamoranas hasta que se une al Río Órbigo entre los pueblos de Morales del Rey y Manganese de la Polvorosa. Su recorrido es de poco más de 100 kilómetros.

En su nacimiento se nutre de pequeños cauces como son: el río Truchillas, Iruela y río Pequeño.

En la parte alta del río podemos encontrar truchas según va dejando las zonas altas está habitado con cangrejo señal, barbos, lucios... y durante todo su recorrido se ve acompañado de la vegetación de ribera: alisos, chopos, sauces.

Es una ruta muy interesante que puedes realizar tanto en coche como a pie y disfrutar de los diferentes paisajes, construcciones, así como de los molinos que descansan en su cauce, hoy en la mayoría en silencio y en muchos casos en ruinas. Hay alguna excepción donde el molino ha sido rehabilitado para vivienda y han conservado un poco de su esencia.

Vamos a ir recorriendo los diferentes pueblos que son regados por sus aguas. Nuestro recorrido comienza en el pueblo de Corporales, en la Comarca de la Cabrera que conserva restos de canales que los romanos hicieron para llevar el agua a las minas de oro de Las Medulas. Luego nos encontraremos Baillo y más tarde a Truchas, Quintanilla de Yuso y Manzaneda. Las construcciones son de piedra y tejado de pizarra, en la zona hay yacimientos de pizarra.



Fotografía de Mercedes Jiménez Cámara

Abandonamos La Cabrera y entramos en la Comarca de la Valderia y en este tramo de la ruta podemos seguir visitando diferentes pueblos, unos pequeñitos y otros con más población como pasa con Castrocontrigo. En esta comarca visitaremos: Morla, Torneros Castrocontrigo (tiene una fábrica de chocolate y el museo del chocolate), Nogarejas, Pinilla, Pobladura de Yuso, Felechares, San Felix, Calzada (con restos de la calzada Vía 17 itinerario Antonino), Castrocabón (donde se estableció la Cohors IV Gallorum) y San Esteban de Nogales (con las ruinas del monasterio cisterciense de Santa María).

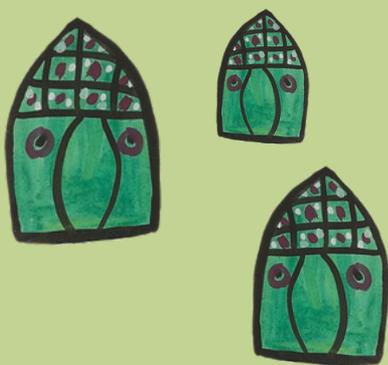


Fotografía de Mercedes Jiménez Cámara

Aquí dejamos las tierras leonesas para adentrarnos en la zona zamorana. Aquí la construcción pasa a ser de tapial y tejado de teja árabe. En esta zona el río camina manso hasta su desembocadura y sigue su recorrido junto a molinos para moler el grano, fraguas, molinos para dar luz a los pueblos de la zona e incluso una antigua destilería de orujo. Hubo en algún momento que hubo uno de linaza ya que en la zona se cultivó el lino del que existió una cultura. Pero desgraciadamente han desaparecido o han sido abandonados en la mayoría de los casos.

En este tramo visitaremos de Alcubilla de Nogales, Arrabalde (tiene el Castro de las Labradas), Villaferrueña que descansa al abrigo de la Sierra de Carpurias, Santa María de la Vega y Morales del Rey donde junta sus aguas con el caudaloso Río Orbigo.

Y aquí acabamos el camino del Río Eria, es un recorrido muy agradable si estás por la zona y si tienes ganas de recorrer pueblos pequeños y acogedores y disfrutar una vegetación increíble no te lo puedes perder.



# SODADE

Pincha aquí para escuchar  
la canción de Cesária Évora



Fotografía de TheArtsDesk

# RESEÑA

## GRUPO COSMOS 21

Fuego en el aire, no pudo ser un título más descriptivo y actual de la situación que estamos viviendo, la guerra de Ucrania, la guerra entre palestinos e israelíes, el golpe de estado en Níger o cualquiera de los conflictos bélicos que rodean el mundo, viven de ese fuego en el aire.

Si la música expresa sentimientos de desasosiegos de los "Tres Tientos", la fuerza y la potencia de la esperanza que desprende la obra de Manuel de Falla y la incertidumbre que se desprende al mismo tiempo de ellas, recorrieron a los espectadores que el pasado 18 de octubre asistimos al concierto del Grupo COSMOS 21.

De todas ellas, y con su permiso (y el de José Miguel Moreno Sabio, compositor en torno a quien giraba el concierto) yo me quedo con la expresividad de "Oda a los niños muertos", que además, nos recuerda a Vicente Aleixandre Oda a los niños de Madrid muertos por la metralla (1937) o a Niño muerto, de Luis Cernuda.



# Aniversario de "Barcelona"

**El tema de Freddy Mercury  
y Montserrat Caballé  
cumplió 36 años el 26 de octubre**

Todos recordaréis el legendario tema que puso banda sonora a las Olimpiadas de Barcelona del 92. La fecha de lanzamiento, sin embargo, se remonta al 26 de octubre de 1987.

Freddy Mercury siempre había querido cantar con Montserrat Caballé, que era su cantante favorita, tal y como reconoció a medios españoles. La idea de grabar una canción sobre Barcelona fue de ella, mientras que la letra y la música fueron creación de él y Mike Moran. Freddy acabó calificando la experiencia como un sueño cumplido, que también se convirtió en el inicio de una gran amistad.

En [esta entrevista](#), en junio del 87, Freddy respondió "¡Sí!" a la pregunta sobre si le gustaría que la canción fuese el himno oficial de los Juegos Olímpicos.

**Pincha en la foto para  
acceder a la canción**



# El cassette



**Makeba**

**Mariano Dálnez**

Seguramente que como vosotros, yo me sorprendo de la habilidad de mis nietos con las nuevas tecnologías.

De todas las aplicaciones que usan, la que me desconcierta al mismo tiempo que me fascina es TikTok. No voy a explicarla porque a estas alturas, también nosotros somos expertos (o al menos las reconocemos, distinguimos y más o menos controlamos).

Me desconcierta TikTok porque engancha. Sí, reconozco que he pasado alguna que otra hora viendo esos videos breves de gente bailando o enseñando cómo son los hoteles de lujo al ritmo de Jain. Y me fascina porque al final, cumple esa misión de conexión que llevan implícitas las redes...

Este verano, muchos de los videos de TikTok usaban la canción de Makeba de Jain. Y sí, hace referencia a la cantante y activista sudafricana, Miriam Makeba que yo escuchaba con mi abuela, aunque mi abuela, como yo ahora, prefería otra música.

# LA KERMES CÁNDIDO

## Desapetencias Cándido Dean

Les confieso que he pensado mucho cuando me he sentado a escribir este artículo. Por primera vez tuve ganas de no hacerlo, y por primera vez me planteé no hacerlo. Quizá, porque por primera vez la actualidad me gritaba para detenerme sobre ella.

Les confieso que no me apetecía hablar de tragedias (supongo que a nadie le apetece), de guerras, de batallas y mucho menos de muerte, pero dejaré a un lado mis "desapetencias" y escribiré sobre ellas.

No pongo en duda la necesidad de defensa de un Estado, pero sí cuestionaré la proporcionalidad de dicha defensa. No dudo que un muerto siempre es un muerto, y esa tragedia no tiene ideología, sólo llanto, pero cuestionaré al Estado - Estado que la ciudadanía se ha otorgado- si actúa al margen de la ley, si actúa bajo la máxima del ojo por ojo. Cuestionaré pues la violencia (cualquier violencia), cuestionaré a aquellos que con frases sin sentido imponen sus ideas retorciendo la verdad.

Decía Johan Huizinga que "toda época suspira por un mundo mejor", desconozco quien ha suspirado para vernos envueltos en tantos conflictos, pero está bien saber que se aspira a un mundo mejor, yo, de momento, lo dudo, y ojalá me equivoque, al menos para que no tenga que volver a usar una palabra tan inexistente como fea: "desapetencias".



**¡PARTICIPA  
EN EL  
PRÓXIMO  
NÚMERO DE  
BALADÍ!**

**Envíanos tus creaciones a  
[baladi.um@ucm.es](mailto:baladi.um@ucm.es)**